

## XXIII PREGÓN TAURINO DE EL PUERTO DE SANTA MARÍA

Dicen los diccionarios que un pregón no es más que un discurso elogioso para anunciar al público la celebración de una festividad e invitarle a participar en ella. También dicen que es alabar públicamente virtudes y cualidades de un pueblo o de una persona, sea ésta real o simbólica. En cualquier caso, el pregonero no es más que una voz que viste de palabras el mandato de otro. En lo que a mí concierne, abrumado por la responsabilidad que ello conlleva y “confiando más en la benevolencia del público que en mis propios merecimientos”, como rezaban aquellos carteles de antigua seda en los que figuraba una montera debutante, vengo a poner sonidos al deseo de una bella mujer ante la que nunca he sabido resistirme.

La vi venir una noche por la Avenida Bajamar con su chal de salitre y un compás ondulante, como de olas serenas, prendido en sus andares. Caminaba tranquila, segura de sí misma, con la desenvoltura de quien lleva corridas millares de aventuras. Admiré una vez más la tersura morena de su piel curtida por el tiempo, su sonrisa de tarde de verano y ese levísimo rictus de tristeza que congenia con el acero de melancolía que, a veces, cabrillea en el fondo de sus ojos despiertos: vestigios exteriores de alguna que otra cornada enquistada en el alma. Como a los buenos vinos, el paso de los años le ha dado reposo y señorío, y ni el cansancio de una vida tan larga como intensa ha logrado otra cosa que abundar en su belleza con un toque de excelsa distinción.

Al reconocerme, desplegó las velas de su blanca sonrisa para soltarme:

—¡Hombre, Santi! ¿Cómo por estos lares?

–Ya lo ve, Señora –respondí–, aquí a la vera del Guadalete, intentando llenarme con hilvanes de luna para coser con ellos mi capotillo de nostalgias.

–A mí me trae algo parecido. Y aunque nunca amisté con los vientos, estas noches de levante en calma son aún más desquiciantes... Además, lo de Cataluña me tiene sin sueño; por eso me he venido aquí..., a encontrar mis orígenes, a recordar mi infancia, a recrear mi historia en esta bendita Ciudad de los Cien Palacios, en este Puerto de las Salinas, que llamaron los moros, y al que, más tarde, Alfonso X, El Sabio, bautizara Santa María del Puerto...

Comprendí que tenía ganas, necesidad, de hablar, y así, hasta esa hora en que antaño soltaban el toro del aguardiente en los días de corrida, se quedó conmigo contándome sus cosas, bien ligando los recuerdos como las tandas del toreo moderno, bien saltando de un episodio a otro sin necesidad de cambios de tercio.

Me señaló que a mediados del siglo XVIII, cuando todavía andaba en mantillas, vivía de alquiler en la plaza de la Herrería o en la cercana de las Galeras, centro neurálgico de la ciudad, así denominada por ser El Puerto invernadero de las galeras reales. Pertenecían tales plazas a las de andamiaje de quita y pon; esto es: a la época nómada del toreo, donde ella –la fiesta de los toros portuense–, carecía de domicilio fijo. No obstante, la afluencia de forasteros de los pueblos vecinos y el buen éxito que se obtenía en tales corridas dio lugar a que, frente a la calle Santa Lucía, en un ejido al que llamaban de San Francisco, tuviera su primera residencia estable. En ella –confesaba–, encontró sus primeros platónicos amores de raso y redecilla en las figuras de los Romero –sobre todos, de Pedro–, los Palomo, Costillares o Pepe-Hillo. También su pena primeriza, pues la madera de la que

estaba hecha esta primera morada suya sirvió de ataúd a su primer luto: el de José Cándido Expósito, aquel muchacho renegrado, gaditano de la inclusa y vecino de El Puerto, que vino a inaugurar, la víspera de San Juan del año 1771, el martirologio torero de la Fiesta al resbalar en la sangre de un caballo muerto cuando hacía el quite al banderillero Juan Barranco y quedar indefenso ante aquel toro traído de Bornos que acabó a cornadas con su vida. Era el suyo, el primero de los ocho percances mortales que pondrían negros crespones en las banderas taurinas de El Puerto.

En esta casa vivió la Fiesta hasta que un incendio la redujo a cenizas en 1802, aunque desde 1791, por esas desavenencias que han salpicado durante toda su vida su relación con el Cabildo, mantuviera cerrada sus puertas dejando doce años sin toros a la afición coquinera.

Recordaba mi ilustre dama que, en la que le levantaron después, se dio una corrida, en 1803, cuyos carteles resaltaban que se jugarían diez toros negros, siendo blancos todos los caballos y llamándose Bartolomé (Carmona, Jiménez y Padilla) los tres piqueros que actuaban. En este cúmulo de coincidencias, el resalte del cromatismo bovino –adelantado en mucho de aquel otro de agosto de 1982, cuando se anunciaron los seis toros ensabanados de José Luis Osborne– muestra lo insólito que era en esa época juntar un encierro de toros negros en una misma corrida. Estamos en la aurora de la crianza específica del toro de lidia, aunque, ya por entonces, la bravura tenía casa en El Puerto. Bravura verde amusgando los aires de la sierra de San Cristóbal; bravura centinela tras los armajos de la marisma; bravura convertida en un inmenso y ronco reburdeo marcado a fuego con el hierro señero de Gallardo; de los Hermanos Gallardo, de El Puerto de Santa María, venero de bravura más tarde

transmitida, comprada, enajenada, heredada, fecundada en las vacas de vientre de Albareda, de Echevarrigaray, del boticario Gaspar Montero, de Miguel Martínez, el de “Las Quinientas”, de Antonio Sánchez del Bazo, de José María Herrera, para formar la multicolor divisa recogida bajo la enseña común, verdeamarilla, de esta noble ciudad..., bravura trasladada, emigrada a lomos de la afición a otras atmósferas, a otros paisajes, a otros pastos, para procrear encastes de leyenda que habrían de retumbar al viento de la historia en la tremenda sangre de Miura o de Pablo Romero.

Son años éstos de nueva residencia, alegres y fecundos que resarcan a Fiesta de recuerdos amargos, como cuando en 1805, a instancias de Godoy –que nunca la miró con buenos ojos, pues siempre vio en ella un elemento subversivo–, Carlos IV le precintó las puertas prohibiéndole su actividad, o cuando el toro de la Guerra de la Independencia corneó de desastres las tierras de España, dividiéndola en dos con un muro de muerte: de un lado las cadenas; de otro, la libertad; o aquella noche septembrina de 1813 en la que un horroroso incendio la dejó de nuevo sin techo y en la calle.

Un año se llevó refugiada en el anonimato, hasta que le construyeron la que sería penúltima casa de madera, protegida esta vez con un muro de fábrica para resguardarla de la piromanía. Fue una época feliz, donde sus festejos la cubrieron de fama, siendo visitada por los espadas más sobresalientes. Entre ellos, el mejor de este tiempo: Francisco Montes, Paquiro. Con él, tal vez impregnado por el espíritu de la Ilustración, la corrida se llenó de orden, de reglas que vinieron a mejorarla. Puede decirse que, de ese tiempo son los cimientos del espectáculo actual. Paquiro logró que los toreros de a pie

hiciesen el paseíllo antes que los montados, lo que hasta entonces sucedía al revés. Dividió la lidia en tres tercios, limitando la presencia de los picadores en el ruedo al primero de ellos, ya que hasta ese momento, los piqueros permanecían en la arena hasta la muerte del toro, y estableció el tercio de banderillas, anteriormente inexistente, pues antes de esta reforma, picadores y banderilleros mezclaban puyazos y pares de rehiletos, pugnando entre sí por atraer la atención del astado, cosa que, en muchas ocasiones, convertía la lidia en capea.

Fue una época en la que El Puerto comenzó a parir castoreños de fama que darían esplendor a su nombre durante todo el siglo XIX, cuando el caballo no tenía más peto que el brazo armado del picador y la mano de las riendas: el uno para herir, la otra para salvar. Hombres con brazo de acero para aguantar el empuje de la casta en el extremo de un palo de garrocha; con brazo firme para castigar la bravura, para herirla, para sangrarla con el cortante filo de la puya; hábiles caballistas para hurtar los pechos del caballo del derrote mortal, para desviar el cauce de la sangre brava hasta darle salida al mar de los capotes; hombres con callos de garrocha en las manos y callos de aguardiente en la garganta; hombres rudos, de huesos peritos en caídas, golpes y contusiones; centauros indomables, de los que se curaban con aplausos los dolores de las costaladas; toreros ecuestres, con el orgullo de la profesión puesto en la sangre que hacían brotar de los morrillos y en la vida salva del jaco que tenían entre las piernas: alguno hubo que se pudo jactar de picar toda una corrida con un solo caballo sacándolo ileso del peligroso trance, como le ocurrió a Agustín Vicente Bello, precursor de las sagas de castoreños portuenses que ilustrarían los nombres de Juan Gallardo, que picó con

Paquiro y El Chiclanero y que fue tronco de una fecunda dinastía de piqueros entre los que cabe destacar a su hijo Manuel, acuadrillado con El Gordito, Manuel Hermosilla y antes con Manuel Domínguez –aquel bravo torero gelveño, al que el toro Barrabás, de Pérez de la Concha, le pegó, aquí en El Puerto, una cornada en el cuello que le ocasionaría la pérdida del ojo derecho–; de Francisco Atalaya; de José Pacheco, Veneno; de los hermanos Puerto, Francisco y Carlos –el primero picador de egregios matadores como Paquiro, Cúchares, El Chiclanero, El Lavi, Julián Casas, El Salamanquino, y Cayetano Sanz; el segundo, que nació en Alicante, pero que vivió en El Puerto desde pequeño (por lo que se le consideraba portuense), y que en El Puerto murió víctima de la cornada que el toro Medialuna, de Anastasio Martín, le inferiría en el ruedo local, el día de San Juan de 1852. Otra dinastía es la de los Fuentes, entre los que cabe destacar a Francisco, que figuró en las cuadrillas de Manuel Domínguez, de Fernando El Gallo, de Frascuelo, de Guerrita y, anteriormente, de Manuel Fuentes, Bocanegra, donde hizo pareja con su hermano Juan, el cual contribuyó también al lustre de su estirpe picando con Cara-Ancha, Jarana, Mazzantini, Lagartijo y Qunito.

Me contaba Fiesta con tono melancólico cómo aquella alegre casa se fue deteriorando con el paso del tiempo, quedando poco menos que en ruinas, lo que hizo a las gentes retraerse de acudir a ella y al empresario de celebrar corridas. No podía olvidarse de aquel vacío espeso, extraño y triste, que invadió la ciudad el día de San Juan de 1877, porque en ninguna de sus paredes se engrudaban carteles anunciando toros para la fecha más taurina hasta entonces. Eso decidió a don Tomás Osborne, D. Manuel Victoria, D. Juan Francisco Vergara y otros

próceres de la ciudad para alentar el proyecto de construcción de la que sería su única, hasta el presente, plaza de fábrica.

Así, tres años después, la piedra arenisca de la sierra de San Cristóbal, el ladrillo prensado y el azulejo de brillantes colores, donaban su materia a la geometría poligonal de la que hoy conocemos como Plaza Real, para que nunca, nunca, volviera a verse Fiesta durmiendo a la intemperie. Y el día 5 de junio de 1880, Antonio Carmona, El Gordito, verde esperanza y oro, y Rafael Molina, Lagartijo, de lila con bordados en el mismo metal, hacían el esperado paseillo inaugural que, además, venía a sellar la reconciliación de ambos espadas tras 14 años sin hablarse. Ni Bordador, el berrendo en negro, que abrió plaza con la divisa de Anastasio Martín, ni el resto de sus hermanos, contribuyó al éxito del festejo, que hubo de guardar las palmas para el día siguiente donde lo propició el juego de los astados de la Viuda de Saltillo, ante la misma pareja de espadas.

De este modo comenzó Fiesta su última y fértil andadura. Por sus senos han corrido legiones de embestidas, océanos de sueños, miriadas de huellas humanas y bovinas compartiendo en su lecho arenoso el fuego del toreo, la soledad sonora de las tardes de toros, el interminable discurso que en el crisol del tiempo ha ido trocando los látigos en besos, el músculo en caricia, la fiereza en nobleza, el caos en armonía, dilatando a su vez el espacio del drama, el tiempo del poema, para transustanciar el ancestral combate en un arte fecundo, cuya subterránea belleza mineral no podían ni intuir los pioneros.

Así, tarde a tarde, desnudos, transparentes, los hombres y los toros se han metido los ojos hasta el fondo y han

proclamado al redondo universo de pupilas en que estaban inmersos la verdad que encerraban el alma y el instinto: Ven a mí, que te quiero. Voy a ti, que te mato. Empapa tu embestida en el rojo señuelo de la tela que te engaña sin querer mentirte. Busca las femorales a la gloria para acribillarlas a derrotes, o sigue el rumbo que te marca este bordón de sueños y caireles que te aviva la casta. No te rajes, mi toro. No te aflijas, torero. El prestigio está en juego. Mi cartel; tu divisa... Cuando el reloj encienda las farolas, ya habrá pasado todo. Y los dos seremos de la historia, de lo que hayamos hecho el uno con el otro. Para entonces, la veleta ya no podrá moverse. El viento del triunfo o del fracaso quedará congelado en la memoria con el pulgar apuntando hacia arriba o abajo.

En esta larga historia, el anaquel de recuerdos los guarda de todos los colores, de todas las especies, de todos los latidos; fognazos de tiempo, estampas congeladas llenas de puros, sombreros, aplausos y admiración general, como los que recogió Mazzantini al tirar sin puntilla de un estoconazo hasta la taza al toro Cigarrero, de Saltillo, en aquel mano a mano con Cara-Ancha, que tanto se recordó por estos lares.

También las hay curiosas, como las acontecidas a El Espartero en las dos primeras corridas de las cuatro que toreó en El Puerto, pues en ambas, el cabeza de cartel le cedió los trastos, como si tomara la alternativa, que ya tenía desde el año anterior. Así ocurrió el día de San Antonio de 1886, cuando Diego Prieto, Cuatro Dedos, le cedió la muerte del nandín Bolichero, y el 11 de julio del mismo año, cuando el sanluqueño Hermosilla hizo lo propio con Culebro, de Surga.

Memoraba Fiesta la primera corrida del siglo XX celebrada en su casa, que sirvió de despedida portuense a

Mazzantini, anunciado mano a mano con Antonio Fuentes y reses de Moreno Santamaría. Se celebró el 11 de julio de 1901 y fue la única de aquella temporada. De ésta, a la que cerrara centuria el 18 de agosto del 2000 con alamares de triunfo –Liria, Morante y El Juli, cortaron dos orejas por coleta al encierro del marqués de Domecq–, cabe toda una historia del toreo. Por ejemplo: el 28 de agosto de 1910, se cortaban las tres primeras orejas de la historia de El Puerto: la primera se la llevó Gaona; la segunda, José Claro, Pepete, y la tercera, el padre de Manolete, ante reses de Bohórquez Hermanos.

La primera concedida a un novillero tendría, sin embargo, que esperar hasta el 21 de julio de 1912 y la conseguiría José Gárate, Limeño, del quinto novillo de Carvajal, llamado Rimeño, en la presentación, también triunfal, de Joselito. Juan Belmonte, por su parte, sólo actuó una vez en la Plaza Real durante su primera época, y ocurrió en el debut de Joselito como matador de toros, anunciándose ambos mano a mano, el 26 de marzo de 1916, para despachar una corrida de Santa Coloma. Tal vez fuera el extraordinario ambiente que despertó el acontecimiento, con trenes, vapores y centenares de automóviles trayendo a El Puerto infinidad de personas, a desprecio de lo desapacible del día, así como el resultado triunfal de su actuación –cortó oreja en su primero, Pirujo, y en el quinto, Carpintero– los que inspiraron a Gallito la frase, inmortalizada en azulejo y de todos conocida, que reza: “Quien no ha visto toros en El Puerto, no sabe lo que es un día de toros”. El pobre José –que cortaría un rabo la tarde que anunciado, vis a vis, con Belmonte, hubo de torear con Pacomio Peribáñez, por hallarse cogido el de Triana– llegaría a cruzar hasta seis veces el ruedo

portuense con galón de alternativa antes de que Bailaor se cruzara en su camino.

Me explicaba Fiesta que, si no de los jacos muertos, sí se acabaría la vomitiva visión de los caballos destripados con la llegada del peto el 22 de julio de 1928. Los primeros en cornear sobre su guata fueron los astados del conde de la Corte, y los picadores encargados de estrenarlos pertenecían a las cuadrillas de Rafael El Gallo, Nicanor Villalta y Vicente Barrera.

Estamos ya en el ecuador de la Edad de Plata del toreo: han cambiado las formas y los modos. El cataclismo belmontino ha consolidado su drástica revolución y el viejo aserto decimonónico de “O te quitas tú, o te quita el toro” yace olvidado en el desván de los anacronismos. La técnica ha cedido paso al sentimiento, y el milagro del temple ha obrado maravillas en el espacio-tiempo de la tauromaquia y en el ideal de toro perseguido por los ganaderos.

Abiertas aún las heridas de la Guerra Civil, debuta Manolete para despedirse del escalafón de novilleros. Todavía las crónicas no habían bautizado las manoletinas y aludían a ellas como “pases con la muleta a la espalda”. Cortó tres orejas y rabo, y dejó cartel para sumar en su segunda comparecencia portuense y segunda corrida de matador de toros un éxito premonitorio de su dimensión de figura de época, al obtener cuatro orejas y un rabo de una señora corrida de toros de Pablo Romero –los hubo con 380 kilos en canal–, junto a la arrebatada casta de Pascual Márquez y la congoja del consagrado Domingo Ortega, que les pedía a ambos “no arrimarse tanto” por miedo a quedarse solo con la corrida. Además de su indiscutible vergüenza torera, Manolete dejó ese día sus credenciales de eximio redentor del pase natural y maestro

del volapié. A Fiesta se le humedecían los ojos recordando que las dos últimas veces que estuvo anunciado en El Puerto no pudo venir: la primera –20 de julio de 1947– por haber caído herido el anterior día 16 en Madrid ante el bohórquez Babilonio, en la corrida de Beneficencia; la segunda –31 de agosto del mismo año– por haber cambiado tres fechas antes, en Linares, las dos orejas y el rabo de Islero por un eterno minuto de silencio.

Para cambiar el tercio y enjugar su dolor, Fiesta me sonrió al recordar que, en diciembre de aquella temporada del 47, Enrique Barrilaro, el que más tarde fuera por muchos años emblemático empresario de la Plaza Real, estoqueó un utrero de Juan Belmonte, acartelado con Paradela del Pino, Francisco Álvarez y Vaquita.

De este tiempo es el primer portuense que logró tomar la alternativa: Miguel del Pino, torero que acopió fama durante sus años de novillero, que recibió la borla de doctor en tauromaquia de manos del propio Manolete en Algeciras y que, por unas u otras causas, se fue diluyendo en el anonimato hasta renunciar a la alternativa, reaparecer en 1953 como novillero en la tierra que le vio nacer y donde volvió a gustar las mieles del éxito durante dos temporadas. Desaparecería de nuevo víctima de una dolencia y tornaría a reaparecer en 1959 para entonar su canto del cisne en la novillada que sirvió de triunfal debut a Paco Camino. El encierro pertenecía ese día al ganadero portuense José Luis Osborne, vacada que había debutado en su tierra el 3 de agosto de 1952, con un toro al que cortarían la oreja Rafael Ortega. Después, las reses de “Bolaños” acreditarían su casta frecuentando por muchas temporadas los chiqueros de la Plaza Real, mientras que la negra silueta del “toro de Osborne” –el toro creado por el pintor, cartelista y diseñador gráfico portuense Manolo

Prieto— comenzaba a encampanar su impresionante estampa vigilando las primeras carreteras del país; el toro que, de icono publicitario, pasaría a convertirse en símbolo cultural de lo taurino y español.

Volviendo a sus toreros, a Fiesta se le llenaba la boca de pájaros hablándome de sus matadores de toros: de Fernando Heredia Romero, de Curro Luque, de Celso Ortega, de Enrique Molina, de Víctor Manuel, que se doctoró en Texcoco y murió en Venezuela con la pena de no haber toreado una sola corrida de toros en su tierra, de José Manuel Berciano, de cómo viste ahora su ilusión antigua con los alamares nuevos de Alejandro Morilla, y, por supuesto, de José Luis Galloso, el primer hijo que se hizo matador en su propio ruedo, el que más veces hizo el paseíllo en su casa, el que en más ocasiones traspasó en hombros su Puerta Grande, el que con más alcurnia paseó el nombre de El Puerto y de ella misma por las plazas de España, Francia, Portugal y América.

El sol de la alegría puso blancura en el recuerdo de la primera vez que le vio hacer el paseíllo en su plaza. ¡Ni una localidad quedaba en las taquillas! Los éxitos obtenidos en las once novilladas que ya llevaba toreadas desde que se enfundara su primer traje de luces en Puerto Real habían puesto la ilusión por las nubes; ilusión que se acrecentaría después de verlo salir por la Puerta Grande — tras cortar cuatro orejas y un rabo— junto a uno de los novilleros que este pregonero ha visto torear mejor al natural: Antonio Gardel.

Ya entonces dejaba ver Galloso la tersura de su capote a salvo de derrotes, la inteligencia natural que siempre le hizo concebir el toreo con la difícil facilidad que llevaría a gala en toda su carrera y un incipiente estilo de matador que con el tiempo se iría depurando para convertirle en

uno de los mejores ejecutantes de la suerte suprema de su época.

Recordaba Fiesta cómo el arquitecto municipal denegó la autorización para su debut con picadores por encontrarse la plaza en mal estado, y cómo tres meses y medio después –5 de julio de 1970–, con el coso ya restaurado gracias a la gestión del entonces alcalde D. Juan Melgarejo Osborne, hacía su primer paseíllo portuense con los montados atrás. Llevaba ya 26 novilladas con caballos y ocho días antes yo había toreado con él y Raúl Aranda, en Huelva, una novillada de Concha y Sierra, en la que José Luis obtuvo el mismo éxito –4 orejas y rabo– que en este debut con picadores en su tierra.

Memoraba mi dama lo guapa que se puso para el día de su alternativa, con el “No hay billetes” colocado en taquillas, y lo que disfrutó aplaudiendo a Bienvenida, Palomo y José Luis cuando daban su triunfal vuelta al ruedo al final del festejo.

Otra tarde inolvidable para ella fue la del 19 de mayo de 1979, porque, por única vez en su vida, pudo gozar con una terna de matadores de toros nacida de su vientre: Galloso, Heredia Romero y Curro Luque, que hacía su presentación como matador de alternativa y que tuvo un triunfo importante al cortarle el rabo a su primer enemigo. Lástima que el toro de la carretera lo empitonara de aquella mala forma impidiéndole regresar a revalidar su éxito.

Como espoleada por tantos recuerdos, Fiesta me apabulló lanzándose a referirme toda una vorágine de hechos, nombres y añoranzas que acudían en tropel a su memoria. Pasó revista a las figuras que habían pisado su ruedo, se acordó de Ordóñez, de Curro, de Paula, de El Cordobés, de Rafael Ortega, de Litri, de Aparicio, de

tantos y tantos... hasta llegar a este José Tomás que, como recordaba Antonio Ruiz, su anterior pregonero, paró una tarde el viento de Levante para que no se despeinara. También tuvo un recuerdo especial para los que ella llamaba “sus hijos adoptivos”, esto es: los hombres de luces que se hicieron matadores en su casa, pese a no ser de El Puerto: un elenco que comenzaba con los que se doctoraron en su anterior morada; así Manuel Fuentes, Bocanegra, y Manuel Hermosilla, hasta terminar con la reciente de Antonio Caro Gil, de la que aún le bulle en la memoria el galleo más genial y personalísimo que vieran los tiempos. Entre ellos, brillan con nombre propio: Curro Puya, cuya cesión de trastos convirtió su padrino, Rafael El Gallo, en una larga “sesión de tratos”; pues, enamorado el genial calvo de dos pollos ingleses que tenía el toricantano, aprovechó la ocasión de la ceremonia para intentar comprárselos; José Luis Parada, nombre obligado en todas las ferias, allá a principios de los 70, que tuvo por excepcional testigo de ceremonia la sangre valiente de su padrino y paisano Limeño: aquel Pepito Martínez que debutara como “benjamín del toreo” en el ruedo portuense a finales de 1951, para salir en hombros junto a Juan Enríquez, otro sanluqueño que ya se nos fue; aquel José Martínez, Limeño, héroe de las miuradas de la Feria de Abril, que en El Puerto dijo adiós a los ruedos, dando la alternativa a El Mangui, cuando celebrábamos el centenario de la Plaza Real, el mismo Limeño que este verano que ya pide paso celebrará, con el cariño de toda su gente, de toda Sanlúcar, las Bodas de Oro de su alternativa.

En este podio de hijos adoptivos refulge con singular esplendor el nombre de Paco Ojeda, apadrinado por la seriedad de El Viti, con Galloso dando fe: el Paco Ojeda

revolucionario, salido de la marisma lunaria con un innato poder de sugestión para esclavizar el instinto del toro que se le sometía; el torero capaz de pisar terrenos imposibles para extraer de los toros hasta la última gota de bravura y rendirlos a su voluntad creadora; el Paco Ojeda que una noche portuense –la de los toros ensabanados– consiguió ante Chulón abandonar definitivamente el pozo donde estaba metido para, en menos de un año, erigirse, no sólo en máxima figura del toreo, sino en el creador de la novísima tauromaquia que imperaría en las últimas décadas del siglo XX.

Dejó Fiesta salir al ruedo de su memoria sus toros de bandera; toros que se llevaron al desolladero los laureles de la ovación final que premiaba el triunfo de su entrega; toros de vuelta al ruedo; toros de indulto como aquel Contador, de Joaquín Jaime Barbero, que inaugurara la lista allá por julio de 1860, tras tomar 39 puyazos; como Turulato; como Frutero; como Vidalarga; como Almansito; como Liviano..., así hasta llegar al último pañuelo naranja ondeado a favor de Insensato, con el que firmó Pepín Liria su triunfal despedida de El Puerto; toros que regresaron de la lucha para recobrar el paisaje perdido, para empaparse de campo y de cielo, para llenar su bravura nuevamente de niebla, de viento, de sol y de lluvia; para inundar de trapío el vientre de las hembras; para colgar sus nombres de leyenda en la noche vaquera de historias y fogatas...

A esa hora desierta y melancólica en la que hasta los astros se han ido a dormir, Fiesta me demostró que el abolengo de su aristocracia no le había hecho olvidar su corazón humilde, que conservaba sus pies heridos por los pedregales, el dolor de los sueños quebrados como juncos, las gotas de valor humilde que fueron quedando en el

camino, el oro que trocó sus quimeras por oficio de plata; plata de ley portuense, adoptiva, como la de Pepe Álvarez, o nativa como la que hoy resplandece en los vestidos de Juan Manuel Martín Vidal, José Antonio Femenía, Juan Antonio Ocaña, Antonio Garrán o Marcos Cruz; como antes la lucieron Miguel Ariza del Pino, Curro Macías, Josele, Manuel Ariza o José Feria, que durante años continuó matando el gusanillo desde el palco de la presidencia de la Plaza Real en funciones de asesor artístico; puesto ocupado hoy por Antonio González Sabio: plata sobresaliente, fundida, martillada, batida, cortada, repujada y afiligranada a la sombra torera de Galloso, con quien realizó prácticamente toda su carrera. Y en la cúspide de su orfebrería banderillera, El Puerto presume con orgullo del arte de Gregorio Cruz Vélez, excepcional torero de plata, acuadrillado con figuras de la talla de Ojeda, Manzanares, Emilio Muñoz o Finito de Córdoba y que acopió trofeos y galardones en el mismo grado que prestigio taurino.

Del más profundo y tierno sentimiento, afloró en el rostro de Fiesta una lágrima de nostalgia. “Mira –me dijo mientras apretaba con fuerza mi mano y me clavaba sus ojos en el alma–, hablando de mis banderilleros se me ha venido a la boca el nombre de Manuel Puyades, que le decían El Sordo. Este hombre, muchos años puntillero de mi plaza y conserje de la Casa de Matanzas, me ha traído hasta esta triste soledad que me embarga la compañía remota de un torero –sobrino suyo– al que quise como jamás a otro y cuyos amores he llevado en silencio como hierro candente desde que lo alejara de mí para siempre aquella mala hora de la rebelión, del cañón y del odio”. Se refería Fiesta a Manuel del Pino, Niño del Matadero.

Alguno dirá que no llegó a tomar la alternativa, pero eso no fue un impedimento para que ella lo antepusiera a todos en el territorio de sus besos, porque llevaba el arte prendido de las células de su misterio; un misterio profundo y hermoso, lastimado, a veces, por los vidrios rallados de la vida, que todavía lo hacían más entrañable. Recordó su debut ante el público, siendo aún un chiquillo de catorce años, para matar un becerrito de García Peralta. Ese día causó tal entusiasmo, que, en la vuelta al ruedo, mientras paseaba las orejas y el rabo del becerro, cogió del público nada menos que ochenta duros. Y estamos hablando del año 1925.

Ese día –afirmaba mi dama– nació el idilio de El Niño del Matadero y la afición de El Puerto. Y su enamoramiento fue creciendo a medida que se repitieron sus actuaciones en las novilladas sin caballos que toreó aquí durante las temporadas de 1927 y 28. En la última de ellas –tarde de órdago a la grande en la que cortó las cuatro orejas y los dos rabos de sus oponentes–, hubo quien afirmó en las crónicas que la suya había sido –cito textualmente–: “la tarde más grande que ha dado un becerrista desde que se anda explotando esta clase de espectáculos”

Al año siguiente –me contaba Fiesta–, cuando los hermanos Machado estrenaban en el Teatro Fontalba, de Madrid, La Lola se va a los Puertos, llegaría su debut con picadores, en esta casa Real que siempre fue la suya. Lo acompañaron Leopoldo Blanco y Rebujina en la lidia y muerte de seis novillos de Anastasio Martín, y Manuel consiguió llevarse las mil pesetas que había en litigio así como un contrato para Tetuán de las Victorias. A partir de ahí, iría esparciendo las ondas de su arte por distintos ruedos, llegando a entusiasmar a la Torre del Oro, a su

paso por Sevilla, y alcanzando Madrid, aquella luctuosa temporada de 1931, para quedar inédito por salpicar tempranamente con su sangre la misma enfermería que, meses más tarde, sería testigo de las heridas mortales de Curro Puya y del novillero Alcalareño II.

Manuel del Pino –ojos de lejanía, facciones calmas– tuvo en su arte sus ángulos de sombra, particularmente en la curvada hoja de su acero –tardo en abrirse paso hasta la muerte–, y en una muleta de irregular aguante, que, sin embargo, resplandecía con brillos de futuro trazando el natural; pero todas las melladuras de su obra quedaban anuladas por su capa de magia, por su capote brujo, adelantado a la época que le tocó vivir; capote convertido en susurro para contarle al tiempo, dulcemente al oído, con pausada cadencia, la cultura de inmortalidad que el toreo templario sostiene en sus entrañas; capote taumaturgo para trocar acantilados en playas arenosas, huracanes en brisas, águilas en palomas; para tomar en los sensibles nervios de sus vuelos la bronca acometida torrencial de la casta y transformarla en un poema rítmico y solemne liberado de toda brusquedad. Solo por sentir agitarse de nuevo en su memoria la brisa estremecida de sus quites –me confesaba Fiesta– estaría ella dispuesta a pasar sus penas nuevamente... ¡hasta las más amargas!

Fue llegado a este punto, cuando Fiesta –la fiesta de los toros portuense– me hizo el encargo:

Santi, ve y háblale a mi gente de El Puerto, a mi gente del toro; diles que, aunque herida, me mantengo firme; que no podrán conmigo los que quisieran verme yerta para prender sobre mi pecho frío la condecoración del renegado; que el toreo sigue ahí, que suena, que se escucha en su silencio de muerte y de misterio; que se columpia en las notas del aire y esparce su profundo y

geométrico trazo por la tarde que embiste; que continúa quejándose en esa siguiirya inacabada salida del dolor de una forma sublime de entender el mundo. Diles que voy a seguir honrando a todos mis muertos, porque aún siento el orgullo de sus almas caídas, de su sangre derramada que burla la cárcel del olvido para cantar su historia oscura y fría en los burladeros de la madrugada, y que no traicionaré a mis vivos; que aquel sueño de Belmonte, mil veces repetido, enganchado en fulgores de luna, continúa tiritando en las aguas del río, bebiéndose los pozos de la aurora, estremeciendo el estanque de las rojas palomas que, sosegadas, escapan con donaire de los buidos puñales. Diles que aún no se ha extinguido esa raza de hombres fuertes tocados por la fiebre de convertirse en dioses de la tarde; de hombres de luz, de hombres de honor, capaces de jugarse la vida para elevar su sueño de belleza hasta una realidad de puerta grande, porque la sangre joven –y ahí esta el ejemplo cercano de David Galván– aún sigue llamando al portón de las escuelas taurinas. Diles que aquel grito lejano y desolado continúa cargando con sus siglos a cuestas, llevando al más allá aquella forma de cantar la vida, ante la muerte, con luz en las muñecas, de hilvanar embestidas con los pulsos del temple, de cumplir la sagrada liturgia que sostiene la firme claridad de mis principios. Diles que esos intelectuales que se me acercan con su inculta soberbia e insensato desprecio para insultarme comparándome con la violencia de género, la ablación del clítoris, la esclavitud, el acoso escolar, las ejecuciones públicas y otras perlas de su galería de horrores, los que quieren sentarse a mi mesa para hacer de mis despojos su banquete, esperarán en vano a que ponga en venta mi razón y mis armas; porque quiero seguir viendo el señorío del toro guardando las dehesas, la

bravura buscando la pelea entre la cal de la plaza de tientas, la aristocracia de los viejos hierros marcando la llana del futuro para que no se pierda esa sabiduría que los ganaderos guardan en sus libros, para que no muera el paisaje del toro, para que la alargada sombra de los garrochistas siga besando los amaneceres, para que no se extinga el sabio cencerreo de los cabestros, para que en los aires de España siga planeando el penetrante bramido de la casta.

Es hora de luchar por aquello que amamos, de cargar nuestros piropos de argumentos, de llenar nuestras espuertas de razones. Es hora de afilar el orgullo y desprendernos de todos los complejos. Es hora de sumar, de aunar las fuerzas, de arrojar lejos las dudas y el desánimo. Si el saber nos duele, hagamos de ese dolor la materia de nuestros alamares y salgamos al ruedo de la vida a enfrentarnos con los que esperan que su inservible mundo de cartón nos caiga encima para que nos aplaste. No perdamos una sola ocasión de defenderla, de defender la fiesta de los toros, ese es un lujo que no podemos permitirnos si queremos continuar oyendo muchos años el grito pregonero que lanzan por las esquinas de nuestro paisaje los carteles que anuncian: “¡Hay Toros en El Puerto!”

Eso me dijo y así os lo transmito.

Muchas gracias.

Santi Ortiz

Sanlúcar de Barrameda, 2 de abril de 2010